

Por dar un vano alimento
á sus fantasías locas,
sus galas heredó el viento
y su cadáver las rocas.

Mas de una pompa tan suma,
de tan quimérica gloria,
no heredó el mundo una pluma
ni aun para escribir su historia.»—



AYES DEL ALMA

A LA REINA CRISTINA

RESTAURADORA DE LAS LIBERTADES PATRIAS

AL PARTIR PARA SU DESTIERRO

¡Italia!... ¡Italia!... á tu angustiado seno
vuelve ya la deidad de ti adorada:
la trajo el iris, y la lanza el trueno,
cual hoja seca de aquilón llevada.

(JUAN DONOSO CORTÉS)

ODA

Lleva en paz esa nave,
aura gentil que hacia el Oriente vuelas,
que nunca en pompa grave
á tu influjo suave
otra más rica aparejó sus velas.

Marca su rumbo incierto,
de Italia las regiones apartadas
señalando su puerto,
por estas que ahora vierto
lágrimas tristes de rencor preñadas.

Adiós, reina querida;
si al ronco son del huracán que zumba
te abre la mar guarida,
yendo de muerte herida,
feliz serás en encontrar la tumba.

¿Por qué doliente mides
con esos ojos, que la paz vertían,
la tierra que despides?
¿Quién sostendrá las vides
que al dulce arrimo de tu amor crecían?

¿Por qué con pecho fiero
da á sus hijos la tórtola por padre
al infiel balletero
que amagó carnicero
la blanca sien de la inocente madre?

Y tú, pueblo aguerrido,
que la proscribes con ardor bizarro,
recuerda cuando uncido,
como alazán vendido,
llevarte pudo á su triunfante carro.

Si dejaste beodo
la regia frente de baldón sellada,
nunca el imperio godo
debió ver por el lodo
de una mujer la dignidad ajada.

Aparta, infiel alano,
que osaste profanar con ira insana
de tu dueño la mano;
hoy te alzas soberano,
y un vil ruñán te azotará mañana.

No apagues insolente
mi voz, porque la mísera fortuna
de una madre lamente,
que sofocó valiente
las sierpes que me ahogaban en la cuna.

En buen hora con saña
solemnices en orgia placentera
tu criminal hazaña:
¡gloria al león de España,
que el pecho hirió de una infeliz cordera!

Engríe tus pendones
agobiados de bélicas coronas:
quien venció Napoleones,
añada á sus blasones
la baja prez de proscribir matronas.

Y en tanto que serena
ría la mar, ó que sus senos abra,
aduérmete sin pena
al bronco son que atruena
del yunque atroz que tus cadenas labra.

¡Ya abandonó á Castilla!
Cantad, hijos del Cid, la alta victoria;
en mí fuera mancilla,
magüer que cual Padilla
me agito en sed de libertad y gloria.

AL REGRESO DE S. M. LA REINA

DOÑA MARÍA CRISTINA

ODA

Ya torna la que, viéndose ultrajada
por enemigo bando,
de Valencia en las costas, irritada,
la corona abdicó de San Fernando.

¡Digna Reina del pueblo que, algún día
con su indomable tropa,
el mundo entero á prosternar salía
desde un rincón de la asombrada Europa!

Llegad por fin donde, en amor iguales,
ya os miran embebidos,
como signo de honor, vuestros parciales;
cual bandera de paz, vuestros vencidos.

Mostrad, para vengaros dignamente
de pasados agravios,
señales de perdón en vuestra frente,
palabras de piedad en vuestros labios.

Los que hoy al «bendeciros» os admiran,
de vos «benditos» sean:
pues «¡madre!» os llaman cuantos hoy os miran,
«¡hijos!» tan sólo vuestros ojos vean.

No piden sangre, no, las nobles almas
de muertos defensores;
el mártir de una Reina exige palmas;
el héroe de una dama exige flores.

Con harta gloria ha de contar su suerte
la venidera historia,
que si es, lidiar por vos, buscar la muerte,
morir por vos es alcanzar la gloria.

Y aunque vengar vuestra altivez quisiera
su inútil osadía,
¿qué existencia sus vidas redimiera,
ni cuál sangre su sangre expiaría?

A cuantos hoy con bárbaros enojos
conciten vuestra saña,
eternamente á sus voraces ojos
su lumbré les esquive el sol de España.

Sed, cual fueron en bélicas edades
los grandes corazones:
fuente de amor para mandar bondades;
tumba inmortal para enterrar baldones.

Que no hay gloria en el mundo más cumplida
que ser, cual vos, Señora,
el genio del orgullo, si vencida;
el ángel del perdón, si vencedora.

EL CARRO DE LA FORTUNA

A MIS AMIGOS RUBÍ, DONCEL Y VALLADARES

Llegad, los que os es dado
el carro avasallar de la fortuna,
y asaltadlo mal grado,
que pasa acelerado
el cerco amenazando de la luna.

La turba que hormigüea
sobre él, acogotad, vengando el dolo.
Lanzada al orco sea
esa imbécil ralea
de tantos grandes en el nombre sólo.

A la eminencia suma
trepad, lanzando en oblación cruenta
el tropel que la abrumba,
y que viste de pluma,
del topo vil para ocultar la afrenta.

Caigan, pese á su lloro,
del pedestal do sin pudor subieron

las hembras sin decoro
que alas calzaron de oro
y su virtud por escalón pusieron.

Abajo esos tribunos,
torpes ministros del doloso fraude,
que de su mal ayunos,
adulan importunos
al populacho vil que aullando aplaude.

A mí despedazada
de tantos héroes la corona baje,
antes que enmarañada
como prenda usurpada
del bosque quede entre el gentil ramaje.

Del carro desprendido
encima echad la ponderosa mole
sobre este pueblo erguido,
que imita conmovido
con hondo afán la condenada prole.

Marquen esos caballos,
fogosos siervos de la suerte impía,
con sus herrados callos,
á los que, cual vasallos,
con riendas de oro á su placer los guía.

Seguidlos arrojando
al seno de las sucias polvaredas;
y ora el carro ciando,
ora presto arrancando,
magullen siempre al criminal sus ruedas.

Sienta esa chusma osada
que en él subir á la maldad le plugo,
que del vicio hostigada,
tinta en sangre la espada,
ya la virtud se convirtió en verdugo.

Caigan en son horrendo
del desierto las cálidas arenas
con sangre humedeciendo,
hastío y pasto siendo
de hambrientos lobos y ahitadas hienas.

Bajad con vituperio,
viciosos monstruos de infernal ralea;
ya cayó vuestro imperio,
que, orlando el hemisferio,
el pabellón de la justicia ondea.

LA ESENCIA PERDIDA

¡Ay de la flor que á la mañana pierde,
como el alma su amor y su inocencia,
del viento á la merced su pompa verde,
y á la del sol su delicada esencia!

¿Qué le importa que, alegres en su vuelo,
la acaricien las auras sonoras,
si no vendrán con fatigoso anhelo
su esencia á respirar las mariposas?

¿Y á qué fin de sus hojas primitivas
guardar un resto, si fingiendo quejas,
la esquivarán, pasando fugitivas,
cual hierba venenosa, las abejas?

Serán desde hoy sus inodoras galas
fácil matiz de la campestre alfombra,
pudiendo deleitar, de las zagalas
la blanca faz, con su amorosa sombra.

No verá más entre la niebla umbria
las tiernas magas derramando amores,
cuando bajen, aromas y ambrosía
á beber en las copas de las flores.

¡Ay del arbusto que se eleva erguido
á impulsos de la blanda primavera,
y es el oprobio del jardín florido
quien para ser su galardón naciera!

¡Malhadada la flor que en vano lucha
por aromar la brisa murmurante,
y un tierno adiós de gratitud no escucha
cuando deja su sombra el caminante!

Si pierden los capullos su ambrosía,
como el alma su amor y su inocencia,
plácida flor de la esperanza mía,
no pierdas, no, tu delicada esencia.

Pasa la vida delirando amores,
perdida en la ilusión de una quimera;
la esencia son de las tempranas flores
las ilusiones de la edad primera.

Tiende, bien mío, de tu mente el vuelo,
no imites en tu curso á los que, viles,
por no asaltar en su altivez el cielo,
usurpan su mansión á los reptiles.

Aires más puros con afán busquemos,
dejando el valle, en el alzado monte,
y embebecidos desde allí miremos
sin límites ni fin el horizonte.

El rojo sol que los espacios dora
hollemos con el vago pensamiento,
porque bien sé que un paraíso mora
tras el turquí del azulado viento.

Y sé también que por allí cargados
se columpian los céfiros de azahares,
que son los yermos deliciosos prados
y lagunas pacíficas los mares.

Ni un áspid me contaron que se asoma
por entre el musgo de las lindas flores;
tiende allí el vuelo la gentil paloma
sin que tuerzan su curso los azores.

La Madre de los ángeles inflama
el corazón de amores más exento,
y hay un Pastor que á los apriscos llama
las perdidas ovejas con su acento.

Traspongamos los céfiros suaves,
pues sigue á los osados la fortuna,
que el águila es la reina de las aves
porque vuela más alto que ninguna.

Y cuando el mundo sin pensar dejemos,
por si algunos lamentan nuestra huída,
en pago de su amor les legaremos
el llanto que se vierte á la partida.

LA CONFESIÓN

Y yo, abismado en tanta maravilla,
con miedo reverente
ceso, y humilde inclino la rodilla
y la devota frente.

(MELÉNDEZ)

Ya el manso indócil, que en su error seguía
con inútil empeño,
torna á buscar la sal que le ofrecía
la mano de su dueño.

De la virtud abandoné gozoso
el aterido llano,
porque otro el gusto me enseñó frondoso
á la siniestra mano.

En él probó con algazara loca
ámbares mi sentido,
ricos panales mi sedienta boca
y sirenas mi oído.

Piloto audaz, con la inocencia mía
por exclusivo amparo,
torpe esquivé la soberana guía
del eminente faro.

Cuantos hollé risueños á la entrada
alamedas y llanos,
trocáronse, al volver de la jornada,
en inmundos pantanos.

Adonde el soto me forjé más bello,
me hirieron los abrojos;
las zarzas, arrancándome el cabello,
me azotaron los ojos.

Jamás calmé, por aliviar las mías,
las desdichas ajenas:
siempre faltaron á mis ojos días
para llorar mis penas.

Al poderoso sorprendí comprando
la inocencia con oro;
mas yo vengué su iniquidad, entrando
á saco su tesoro.

Mi triste corazón hirió atrevido
el brazo del más fuerte,
y el dardo asiendo de mi pecho herido,
di al contrario la muerte.

Pequé, Señor, porque amargaron fieros
la sangre de mis venas;
dadme el perdón, ó no apastéis corderos
adonde nacen hienas.

Hoy para siempre á vuestros pies se agotan
las furias de mi pecho;
pues ya agolpadas á mis ojos brotan
como volcán deshecho.

Feliz, si á mis errores juveniles
vuestra piedad alcanza:
¡bien la merece el que á los veinte abriles
ya perdió la esperanza!

A la virtud consagraré holocaustos,
y desde hoy, Padre mío,
esquivaré los mundanales faustos,
como la cumbre el río.

Quedad con Dios, los que vagáis perdidos
del ancho mundo por la incierta vía,
que ahuyentando el sopor de mis sentidos
se eleva el sol, y con su luz me guía.

Quedad con Dios; y perdonad, pastores,
si alguna vez, sediento peregrino,
os agoté, calmando mis ardores,
la pura fuente del erial camino.

Dadme el perdón si en su cristal undoso
templé del sol las estivales llamas;
ó si en el puerto, del laurel frondoso,
para abrigarme, desgajé unas ramas.

Y vos, seres, también, cuya inocencia
el pasto fué de mi amoroso intento,
dadme el perdón si, por gozar su esencia,
alguna flor os agostó mi aliento.

Eternamente os cantarán mis labios;
cual monumento á vuestras glorias hecho,
y amante fiel, para enterrar agravios,
en panteón convertiré mi pecho.

Quedad con Dios; mi ardiente fantasía
al cielo asciende entre gloriosa nube,
y en alas de su ardor el alma mía
purificada por los aires sube.

Recoge, cazador, el vil reclamo
que esfuerza en vano la falaz garganta,
pues ya esquivando tu engañoso ramo
el ruiseñor por las alturas canta.

LAS ILUSIONES

A T...

Salud, claras centellas,
que en giros halagüeños
vais guiando mis huellas,
leves como los sueños,
cual los ángeles bellas.

Por sendas sin espinas
arrastráis, dulces magas,
mis plantas peregrinas,
siempre en los aires vagas,
y siempre á mí vecinas.

Y ya que, uno por uno,
tal vencéis los fracasos
del destino importuno,
que en mis inciertos pasos
no tropecé en ninguno,

por beneficio tanto,
dejad que sin pesares
os rindan en su encanto,
tierna mi voz, cantares;
dulces mis ojos, llanto.

Vos, con gesto risueño,
traéis al alma mía,
con amoroso empeño,
quimeras por el día,
y por las noches sueño.

Vos templáis la venganza
de mis tristes memorias,
y en lisonjera holganza
vos renováis las glorias
de mi muerta esperanza.

Así entre ensueños de oro,
horas vivo serenas,
tierno guardando el lloro
para plañir las penas
de los tristes que adoro.

Y soy en mal tan fuerte,
pues que audaz no me espanta
con su rigor la suerte,

el único que canta
dando alcance á su muerte.

Salud, hijas del viento,
que tardas, ó ligeras,
llegándoos á mi acento,
sois siempre mensajeras
de perenal contento.

Dejadle que en su brío
vuestra morada esquiva
cruce en blando extravío,
y entre vosotras viva
el pensamiento mío.

No separéis la mano
en que feliz me aduerto;
cuidad con pecho humano
que más que no el enfermo
siente la herida el sano.

Seguid en banda espesa,
y no apaguéis el fuego
que ardiendo me embelesa;
seguid, por Dios, os ruego,
que cerca está la huesa.

Y en mis alegres días,
veréis que, aunque sin fausto,
présagas de alegrías,
os rindo en holocausto
las cantinelas mías.

UNA LÁGRIMA Á UN RECUERDO ⁽¹⁾

A LOS SRES. D. JOSÉ SAFONT Y D. MARIANO BARRIO

—Era una tarde sombría.
El aquilón rebramando
nuestras cabañas hería.—
Así á sus hijos decía
una matrona llorando.

(1) En la tarde del 24 de febrero de 1841 murieron ahogados en el río Henares, viniendo de una quinta de recreo, D. JOSÉ SAFONT y su esposa D.^a MARÍA CLAVIJO, acompañados de sus padres, D. JOSÉ y D.^a ROSA LLUG, D.^a ANTONIA CABO CARDAÑO, esposa de D. MARIANO BARRIO, una niña de siete años, hija de éstos, y otros varios amigos y parientes. Sólo D. JOSÉ SAFONT (hijo) se salvó por la solicitud de un dependiente, después de haber hecho en vano algunas tentativas por perecer en unión de tan queridos seres.

Está por demás advertir que esta composición ha sido hecha en memoria de tan infausto acontecimiento.

—Hender un canto la esfera
se oía plácido en tanto.
Mas ¡quién entonces creyera
que sólo de muertes era
vago preludio aquel canto!

—Templad esa intensa,
tenaz pesadumbre,
y en torno á la lumbre,
mi madre, acudid;
y aunque algo os aqueje
tan triste memoria,
la trágica historia
contando seguid.

—Iban las olas mugiendo,
mientras las auras esquivas
seguían con dulce estruendo
en vago son confundiendo
aplausos, cantos y vivas.

»Y estaba azotando impío
el aquilón la ribera,
cuando en el polvo sombrío
vi una carroza ligera
ganar las ondas del río.

»—*¡Amaina, zagal!*—dijeron
su incuria al ver los pastores,
y aunque á su auxilio acudieron,
zagal, carroza y señores
entre las algas se hundieron.

»—*¡Ay!*—con voz desfallecida
clamaron en mal tan fuerte,
como el que en rápida huida
mira alejarse la vida
en brazos ya de la muerte.

»Vierais entonces, fluctuando,
alzar á todos las palmas,
hondos gemidos lanzando,
con ansias de muerte dando
un triste adiós á sus almas.

»Y al ver á una madre en tanto
alzar á una niña al cielo,
me ahogó la voz el espanto,
y ciega caí entre el llanto,
presa infeliz de tal duelo.»

—Templad esa intensa
tenaz pesadumbre,
y en torno á la lumbre,
mi madre, acudid;
y aunque algo os aqueje
tan triste memoria,
la trágica historia
contando seguid.

—A vueltas de mi extravío,
oí con triste lamento
gritar:—*¡Adiós, amor mío!*—
mientras que ahogaba este acento
con sus murmullos el río.

»Era un esposo, que impía
á puerto ya de bonanza
una infiel mano impelia,
y al ver á la esposa, hacía
exequias á su esperanza.

»—*¡Adiós!*—el triste llorando
clamaba con voz doliente:
y—*¡Para siempre!*—gritando
seguía, entre el polvo ajando
desesperado la frente.

»Y cuál su dolor sería,
cuando él, en trance tan fuerte,
á su esposa—*¡Adiós!*—decía,
y ella—*¡Adiós!*—le respondía
desde el umbral de la muerte!

»¡Ay! cuando en tropel se hundieron,
y ya con tez amarilla
las yertas palmas tendieron,
¿dónde sus ramas tuvieron
los álamos de la orilla?»

—¡Qué lástima el verlos
ahondarse sería!
—¡Cuánto ¡ay! llenaría,
vagando, el confín!
—¡La niña que alzaba
su madre en las manos!!!...
—¡Lloremos, hermanos,
su trágico fin!

A ORILLAS DEL NALÓN

¡Cómo, al vagar la mente,
lastima inquieta el corazón llagado!
¡El ánimo doliente,
llora por lo presente,
ó suspira tal vez por lo pasado?

Ya de añejos dolores
nos señala el harpón, ó ya renueva
recuerdos seductores,
ya de gustos de amores
la antigua miel entre ilusiones prueba.

Ora, al cielo vecina,
su curso, audaz, á los planetas marca;
ya al abismo declina;
ya á par del sol camina,
y el ancho espacio de la luz abarca.

¿Qué buscará en la hondura
de esas sonantes y apacibles olas,
que con planta insegura
llevan su linfa pura
arrastrando entre lirios y amapolas?

Tal vez cuando sus huellas
multiplican los brillos halagüeños,
sus imágenes bellas
se parezcan á aquellas
que audaz forjaba en mis dorados sueños.

Si en óptica ilusoria
las remedan tan frágiles perfiles,
quiero aumentar mi gloria,
trayendo á la memoria
los sueños de mis años juveniles.

Corred por las campañas,
fáciles ondas, derramando albores,
y al pie de las montañas
seguid entre espadañas
trocando en perlas las brillantes flores.

En plácidos concentos,
por el soto tended las limpias huellas,
conjuraré los vientos
porque no borren lentos
esa copia de imágenes tan bellas.

Y si el aire el encanto
borrase de esos cuadros halagüeños,
consuéleos mi quebranto,
porque también el llanto
borra el tropel de mis amantes sueños.

¡Oh, si mi frágil nave
pudiese por lo menos sus entenas
dar al aire suave,
para que el peso grave
cruzase un mar de linfas tan serenas!

Llevadme, ondas queridas,
por vuestro raudo y celestial camino;
si es por sendas floridas,
no importa que perdidas
á morir caminéis al mar vecino.

Que con queja importuna
jamás, en congojosa pesadumbre,
maldigo la fortuna,
sea el sol ó la luna
quien el camino de mi muerte alumbre.

Al término toquemos,
antes que hollar en nuestro rumbo abrojos;
cuanto más caminemos,
por las prendas que amemos
menos ofrendas verterán los ojos.

Llevadme, ondas serenas;
no quiero, atravesando de corrida,
que vaya á duras penas
la sangre de mis venas
enlutando la senda de mi vida.

EL PRIMER AMOR

ALEGORÍA.—Á P..

¡Ay del que, ahogando congojas,
funda sus gustos y amores
en el verdor de unas hojas,
ó en el matiz de unas flores!

Dígalo en tristes endechas,
pese á tan crudas memorias,
la que entre flores deshechas
vió por el aire sus glorias.